

Características del sistema político colombiano en los últimos veinte años

JORGE UCRÓS

El objetivo del presente estudio es tratar de trazar las líneas generales de la evolución que ha sufrido el sistema político colombiano en los últimos veinte años.

Los últimos años de la historia colombiana, al nivel político, han sido poco estudiados quizá porque los investigadores los han vivido en carne propia, lo que dificulta la objetividad, y no permite el distanciamiento necesario para lograr captar el proceso a través de los fenómenos en que hemos participado. Por lo tanto, la interpretación general que aquí esbozamos debe ser considerada como hipótesis analítica más que como interpretación exacta de este periodo histórico. El análisis lo realizamos única y exclusivamente al nivel político, es decir, superestructural. Sin que desconozcamos la determinación provocada por el nivel infraestructural, aunque por el momento, sea un aspecto que no toquemos sino en forma tangencial y superficial.

A nuestro modo de ver se pueden distinguir en los últimos veinte años tres etapas fundamentales: la de la "violencia" que va desde el 9 de abril de 1948 hasta el 13 de junio de 1953. La de la "dictadura militar" del 13 de junio de 1953 al 10 de mayo de 1957. Y la del "Frente Nacional" desde el plebiscito de 1957 hasta nuestros días.

Antes de caracterizar cada una de estas etapas, creemos necesario señalar, rápidamente, el marco histórico de los partidos políticos colombianos.

El Partido Conservador y el Partido Liberal, aparecen inmediatamente después de la independencia de España en torno a las tesis de un gobierno federal o de un gobierno central.

El Partido Conservador encarna los intereses de los hacendados

y el Partido Liberal los intereses de los artesanos y de los comerciantes.

Hacia 1850, época en que realiza lo que Nieto Arteta denomina la “revolución comercial”, —que consiste básicamente en romper las estructuras coloniales—, el Partido Liberal se divide en gólgotas y draconianos, defendiendo unos los intereses de los artesanos con la tesis del proteccionismo y otros los intereses de los comerciantes con el libre cambio.

El triunfo económico y político es de los comerciantes los que a través de múltiples mecanismos comienzan a integrarse al grupo de los hacendados, especialmente por la complementariedad de sus actividades, y los lazos familiares que se traban a través de los matrimonios.

Es este grupo integrado de hacendados y comerciantes quien realiza una cierta acumulación de capital que invertirá en la actividad industrial en la primera posguerra pero especialmente poco después de la gran crisis del capitalismo de los años 30.

Con la aparición de la actividad industrial, el Partido Liberal, hacia 1930, se convierte en el vocero de la “burguesía industrial”, manifestándose con toda claridad en el primer gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo con su famoso programa de la “revolución en marcha” del 34 al 38. En este periodo se dan las bases para la supremacía de la burguesía industrial y se pretende, para ello, transformar la agricultura terrateniente con la ley 200 de 1936, conocida como la ley de tierras.

El mismo gobierno liberal comienza a frenar la “revolución burguesa”, ya que el auge de la actividad industrial se realiza en los marcos de la dominación imperialista y ésta se fundamenta en la estructura agraria, es decir, de manera similar a la integración entre hacendados y comerciantes realizada en la segunda mitad del siglo pasado, se realiza la integración entre industriales y hacendados-comerciantes, pues es el carácter monocultivador y monoexportador el que permitirá y encauzará la industrialización colombiana.

Hasta esta época los partidos políticos colombianos habían expresado los conflictos entre diferentes fracciones de la oligarquía, siendo partidos verticales que aseguraban la participación de los sectores populares indistintamente en base a los caudillos y gamonales regionales, bien fuesen liberales o conservadores.

El movimiento encabezado por Jorge Eliécer Gaitán, independientemente de la afiliación liberal o conservadora, llama al pueblo a luchar contra la oligarquía logrando un rompimiento de la verti-

calidad partidista y planteándose un movimiento horizontal de las masas populares contra la oligarquía gobernante.

Gaitán es asesinado en 1948 bajo el gobierno conservador de Ospina Pérez, quien ya en 1946, año en que debía cumplirse la ley de tierras de López, había comenzado la contrarrevolución conservadora que se expresa nítidamente en la famosa “violencia” colombiana.

La “violencia” desmorona el movimiento horizontal de clase, iniciado por Gaitán, reinstaurando la verticalidad entre campesinos liberales y campesinos conservadores.

Inicialmente la violencia puede ser interpretada como la expresión del conflicto entre el sector latifundista y comercial (conservadores) y el sector industrial (liberales). Aquéllos se oponían a la reforma agraria de la ley de tierras, mientras éstos necesitaban acabar con la agricultura terrateniente.

Si los liberales participan en la “violencia” ayudando a la organización militar de los campesinos liberales, al poco tiempo la abandonan no sólo en cuanto al apoyo sino especialmente en relación a la dirección política de los grupos armados, lo que permite un desplazamiento del conflicto, inicialmente de entre fracciones de la oligarquía para luego situarse y plantearse como un movimiento popular contra ésta.

Ante este fenómeno la oligarquía da el “golpe de opinión” de Rojas Pinilla, instalándose una dictadura militar que es suprimida con la creación del “Frente Nacional”, sistema bipartidista que perdura hasta el momento.

La contradicción entre las fracciones latifundista-comerciante e industrial de la oligarquía se resuelve con la transformación del capital comercial en capital financiero y con la supremacía del capital financiero sobre el capital industrial, fenómeno que ocurre en la segunda posguerra y cuya integración se realiza durante la guerra de Corea.

Los conflictos entre las fracciones de la oligarquía siempre se han resuelto en la integración de las fracciones a través de la nueva actividad económica; sin desplazar a las fracciones opuestas, por la existencia del marco general de dependencia externa en que se desenvuelven las fuerzas productivas nacionales. Por la misma razón todas las fluctuaciones y transformaciones en las fuerzas productivas dominantes provocan transformaciones en todos los niveles de la estructura social colombiana, desde luego no en una forma mecánica ni monocausal sino a través de la determinación, en última instan-

cia, del nivel infraestructural y con la autonomía *relativa* de las otras estructuras.

La modalidad en que se realizan las transformaciones en la sociedad explotada, provocadas por los cambios en la sociedad dominante, deben ser objeto de análisis. Aquí tan sólo señalamos el problema, advirtiendo la existencia de este marco global sin el cual es imposible comprender los aspectos parciales como el que pretendemos tratar.

I. LA VIOLENCIA

El 9 de abril de 1948, con el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, por parte del gobierno conservador de Ospina Pérez, se abre lo que se ha denominado la violencia. Ésta se recrudece a partir del 9 de noviembre de 1949 cuando Ospina Pérez clausura el parlamento.

La violencia continúa bajo el gobierno de Laureano Gómez y de Roberto Urdaneta Arbeláez, quien reemplaza a Gómez por motivos de enfermedad. El objetivo de la “violencia” es asegurar el poder, continuar la hegemonía conservadora y hacer definitiva la “contrarrevolución conservadora”.

La “contrarrevolución” se inicia en 1946 con la subida al poder de Ospina Pérez, quien apoyando a los latifundistas comienza a desalojar a los aparceros y colonos quienes en ese año debían ser favorecidos por la ley de tierras, dictada bajo el mando de Alfonso López.

El Partido Liberal organiza grupos campesinos que, convertidos en guerrillas, resisten a la “violencia” de la policía y del ejército al servicio del gobierno conservador.

Sin embargo la violencia que se lleva al campo, y que es dirigida desde la ciudad por ambos directorios políticos —liberal y conservador—, es un fenómeno irreversible que transforma la mentalidad campesina como lo muestra Camilo Torres en su estudio “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”.

El proceso provocado por la violencia oficial obliga al campesino a organizarse, armarse, y formar grupos guerrilleros-liberales, unos, comunistas, los otros, y los menos de pura subsistencia.

A medida que se agudiza y recrudece la violencia, que se cierran las facultades democráticas urbanas, los grupos guerrilleros evolucionan hasta realizar una Conferencia Guerrillera Nacional que

reúne a representantes de todos los grupos en armas y a la que asisten miembros de los partidos políticos que los dirigen desde las ciudades.

Tres puntos claves se deciden en esta primera conferencia guerrillera: 1: Se decide que la lucha es por el poder; 2: Que es una guerra a muerte, ya que quien no está con la guerrilla es considerado como enemigo; 3: Se constituye un mando único que recae en Guadalupe Salcedo.

Estos tres puntos implican un cambio cualitativo en la lucha guerrillera. Inicialmente se organiza la guerrilla para defender la vida y contratacar al enemigo. Ahora la lucha es netamente política. La violencia partidista se transforma en violencia revolucionaria, la lucha entre fracciones políticas se transforma en lucha de clases. Las guerrillas ya no son grupos que defienden su vida, sino una lucha popular armada.

La participación en esta conferencia de prestantes dirigentes de la Dirección Nacional Liberal, permite que a su regreso a la ciudad comiencen a buscar la forma para terminar con esa violencia partidista que provocó un fenómeno tan peligroso, pues ya había dado el primer paso en una nueva fase de lucha popular armada.

El Partido Liberal —con las masas en las calles el 9 de abril de 1948 y con la famosa frase de Echandía “El poder para qué”—, demostró su verdadero carácter de clase, ya que ante la toma del poder por las masas opta por dejar el poder en los representantes de la burguesía financiera —Ospina Pérez— y aun entre las manos de los latifundistas —Laureano Gómez. Una vez más ante la inminencia de la acción popular, esta ocasión armada y con jefes salidos de sus propias entrañas, los liberales se apoyan en el sector conservador no gobernante y utilizando las fuerzas armadas dan un “golpe de opinión” (así calificó Echandía el cuartelazo de Rojas Pinilla) que momentáneamente frena la masacre gubernamental con las palabras de “paz, justicia y libertad” y con la consigna de “no más sangre, no más depreciaciones” del general Rojas Pinilla.

Con este “golpe de opinión” el Partido Liberal logra que unos cuantos grupos guerrilleros entreguen las armas y que los restantes las guarden.

Por todos es sabido que el Partido Comunista, por su lado, dirige algunos grupos guerrilleros. Este partido también participa en la Conferencia Guerrillera no sólo a través de sus dirigentes naturales sino por medio de su secretario político.

Ante la treta de los liberales, los comunistas la única salida po-

lítica que encuentran es la “autodefensa”. Los campesinos vuelven a labrar la tierra, se organizan para vivir en paz, pero sin deponer las armas, por considerar que esta paz, no es sino una tregua en una lucha larga que habrá de llevarlos al poder.

Ante el mal trato que da el ejército a un preso político como Echavarría Olózaga, Gómez —retirado de la presidencia por enfermedad— exige al designado Urdaneta Arbeláez la destitución del jefe del ejército, general Rojas Pinilla.

El ejército a través de la violencia oficial había ido ganando, no sólo importancia sino puestos burocráticos, por lo cual Urdaneta resuelve abandonar la presidencia, devolviéndola al titular, antes que destituir al jefe del ejército, quien además es su amigo íntimo.

Rojas, advertido de su destitución da el cuartelazo y todo el liberalismo y buena parte del conservatismo apoyan incondicionalmente al “jefe supremo” que gracias al “golpe de opinión” se convierte en la “salvación de la patria”, el 13 de junio de 1957.

II. LA DICTADURA MILITAR

Por la situación internacional —especialmente la terminación de la guerra de Corea y la pérdida de la cosecha brasilera de café— la dictadura rojista se dedica al paternalismo de Estado, reanuda la violencia oficial con criterio selectivo y clasista (no hay que olvidar que él sube para frenar una guerra popular que comenzaba). Además es utilizada para el enriquecimiento personal.

El servicio de Rojas se vuelve peligroso, no sólo por lo anotado anteriormente, sino porque está preparando una Asamblea Nacional Constituyente —de bolsillo— para perpetuarse en el poder. Además ya se ha realizado la unión entre el capital financiero y el capital industrial.

Con el asesinato de Uriel Gutiérrez y diez compañeros más, en las calles de Bogotá, la oligarquía comienza a preparar la salida del jefe supremo.

El liberalismo, inicialmente, justifica el asesinato de los estudiantes, pidiendo en los editoriales de sus periódicos comprensión y cordura por parte del estudiantado y del pueblo.

Pero su actitud beligerante crece y se alía con el laureanismo que por razones obvias nunca participó en la dictadura militar.

El 10 de mayo bajo la dirección de Alberto Lleras y Laureano Gómez, los intereses financieros e industriales, apoyados por el estu-

diantado, por el clero y por las señoras de la clase alta, quitan a Rojas del poder e instalan una junta militar que espera y prepara la llegada del Frente Nacional, es decir, la coalición constitucional entre el partido liberal y el partido conservador.

El interregno de Rojas Pinilla ha cumplido su misión:

1. La violencia conservadora-oficial que a finales del 52, en la Conferencia Guerrillera comenzaba a convertirse en guerra popular, en lucha de clases, se frena al suprimir la hegemonía conservadora y la razón principal para que existan los grupos guerrilleros. Los jefes liberales ordenan la entrega de las armas, y los comunistas la autodefensa.

Los grupos que subsisten son minoritarios y sin ninguna perspectiva política.

2. El gobierno de Rojas y de la junta militar sirve para hacer la transición de la hegemonía conservadora, a la hegemonía liberal-conservadora.

3. En este lapso se sale de la época de las hegemonías liberales y conservadoras, del sistema parlamentario, a la coalición bipartidista, al sistema ministerial.

Si el Partido Liberal puede considerarse, esquemáticamente, como el representante de los intereses de los artesanos y de los comerciantes en el siglo pasado, y el conservador como el defensor de los intereses de los hacendados y de los grandes comerciantes en el mismo lapso, en este siglo han sufrido variaciones, más de forma que de verdadero contenido clasista.

En 1850, cuando la “revolución comercial” de que habla Nieto Arteta en *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, el triunfo de los comerciantes implica la muerte de los artesanos, como grupo socio-económico, y la integración de los comerciantes y los hacendados.

Hacia el año 30, con el gobierno liberal de López Pumarejo se aprecia un cierto auge y un cierto surgimiento de una burguesía industrial, surgimiento favorecido por López pero, más tarde frenado por el gobierno liberal de Eduardo Santos con su “Pausa”, a la “revolución en marcha” iniciada por López.

La burguesía industrial se integra en la financiera y se dirige por ésta, fenómeno que se aprecia políticamente en el gobierno de Ospina Pérez.

En los gobiernos conservadores de Ospina Pérez y Laureano Gó-

mez se consolida la burguesía financiera y a partir del Frente Nacional se integra dentro de ésta, de pleno derecho, la burguesía industrial representada por el liberalismo pero totalmente imbricada, a nivel económico y a nivel familiar, en la financiera. Este fenómeno de supremacía y de identidad entre el sector financiero y el sector industrial permite la coalición de los liberales y los conservadores en el Frente Nacional.

Con las medidas librecambistas de la revolución comercial, los comerciantes adquieren prestancia, acumulan capital y se mezclan con los hacendados por medio de la complementaridad de sus actividades económicas específicas y de los lazos familiares.

La acumulación de capital forzosa a que se ven obligados hacendados y comerciantes en la época de la Primera Guerra Mundial, 1914-1918 y en la gran crisis del 30, permite que en la época posterior a estos dos fenómenos surja una industria nacional. Pero esta industrialización ha sido realizada, fundamentalmente, por los hacendados y los comerciantes, aunque desde luego aparece un pequeño grupo industrial.

El gobierno liberal de López, el de la "revolución en marcha", favorece y expresa la nueva actividad a que se lanzan hacendados y comerciantes, más que los intereses de una burguesía industrial, autónoma y en contradicción con los grupos anteriores.

Como la industria nace hipertrofiada y dependiente, por las relaciones comerciales con los Estados Unidos, no existe la posibilidad de que se desarrolle un grupo autónomo de carácter burgués e industrial.

Con la Segunda Guerra Mundial y con la guerra de Corea, el grupo de hacendados comerciantes-industriales, se ve nuevamente obligado a realizar una acumulación de capital que luego se invertirá en actividades de tipo financiero e industrial en el gobierno de Ospina y de Gómez.

A finales del siglo pasado, a partir de 1850, con la revolución comercial, el capital terrateniente y el comercial se confunden, por la estructura misma de las fuerzas productivas colombianas que se encuentran integradas en el desarrollo de las fuerzas productivas norteamericanas (antes españolas —mercantilistas— luego inglesas y alemanas —capitalistas— y ahora, a partir de este siglo, estadounidenses —imperialistas—) lo que conduce a una acumulación forzosa y a una inversión industrial de dicha acumulación en la primera posguerra y después de la crisis del 30, en forma más intensa.

Como la crisis del 30 se puede caracterizar por el paso del capi-

talismo competitivo al monopolístico y por ende de la primacía del capital financiero sobre el industrial, en las fuerzas productivas norteamericanas, estas mismas características tendrán el crecimiento de nuestras fuerzas productivas —monopolización y primacía del capital financiero sobre el industrial. Este crecimiento no se produce en forma autónoma y autopropulsora sino totalmente supeditado al desenvolvimiento de las fuerzas productivas norteamericanas de las cuales las nuestras forman parte, y por lo tanto todas sus vicisitudes repercuten directamente sobre nosotros.

Este fenómeno que se produce en la infraestructura nos explica los cambios y las características de nuestros partidos políticos y el porqué de la actual coalición, y también la razón por la que el Partido Liberal ha dejado de representar los intereses populares. Es evidente que éstos se identifican con el auge de los comerciantes en el siglo pasado, y con los pataleos de la actividad industrial.

III. EL FRENTE NACIONAL

Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez se dan cuenta de este proceso y con el ánimo de conciliar los odios, de trancar la sangría nacional y de regresar al régimen democrático, en los encuentros de Sitges y Benidorm crean el Frente Nacional, que tumba a Rojas Pinilla e instala a la junta militar, mientras ellos terminan los preparativos del plebiscito que hará constitucional esta coalición.

La experiencia de las hegemonías ha sido asimilada. Además, la integración entre el capital industrial y el financiero ya se ha consolidado.

Las hegemonías pueden, como lo demostró la Conferencia Guerrillera del 52, provocar en las masas la toma de conciencia de clase propia y la desafección a los beneméritos patricios tradicionales.

La razón de ser de las hegemonías, además del conflicto entre los intereses económicos que anotábamos anteriormente, estribaba en el reparto del botín burocrático.

La participación política del pueblo se ha hecho a través de las “fidelidades-lealtades” a los jefes políticos. Los directorios nacionales, o los “jefes” nacionales, aseguraban la participación por medio de los gamonales departamentales y locales, quienes en agradecimiento por los votos obtenidos y por el apoyo recibido, distribuían puestos en la administración pública, municipal, departamental y nacional.

La forma de obtener un empleo y mantener, por lo tanto, determinado nivel de vida y de prestigio social, estaba condicionado al triunfo del propio partido y al mantenimiento del mismo en el poder. Es bien conocido entre nosotros el hecho de que el cambio de gobierno significa el reemplazo total del personal de la administración pública, desde los barrenderos y aseadoras hasta los ministros y gobernadores.

La participación política de las masas se lograba, pues, por las “fidelidades” motivadas por el poder real —empleo en la administración— y social-palancas, intrigas, prestigio ante los otros de ser amigo de don fulano, etcétera.

Dicha participación política dio los contingentes para nuestras guerras civiles y para la “violencia”.

Estas “fidelidades” se obtenían al nivel ideológico, exacerbando los ánimos, creando los odios políticos y los fanatismos partidistas.

En el plebiscito de 1957, además de hechos importantes, aunque significativos coyunturalmente, como el dar la ciudadanía política a la mujer; se aprueba una reforma constitucional cuyos puntos esenciales, para el propósito que perseguimos, son los siguientes:

1. *Bipartidismo*. Tan sólo pueden existir *constitucionalmente* los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador. Todos los otros están, automáticamente por fuera de la constitucionalidad.

2. *Alternación*. Según la constitución enmendada por el plebiscito, ningún partido puede durar en el poder más de los cuatro años reglamentarios. A un gobierno liberal debe seguir uno conservador, y así sucesivamente por un lapso de 16 años, a partir de 1958.

3. *Paridad*. Los cargos públicos, a todos los niveles, deben ser repartidos por igual entre liberales y conservadores, independientemente del partido que esté en el poder.

Con el plebiscito los partidos tradicionales se convierten en un partido único y de clase, aunque se presenta ante las masas como la deposición de los odios políticos, como la salvación del país, aunque desde luego tratando de continuar con la afiliación partidista de las masas.

Con el Frente Nacional el odio partidista ha sido constitucionalmente abandonado, lo que repercute sobre la participación política de las masas.

Con la paridad se suprime la posibilidad de establecer una hegemonía burocrática. Con la alternación ya no se puede establecer

una dictadura, ni liberal ni conservadora, que permita instalar una hegemonía burocrática.

Estas mismas medidas y acuerdos, reducen, indirectamente, las funciones de las corporaciones públicas —consejos, asambleas, senado, cámara—, a una mera función de fachada democrática, conservando desde luego algunas atribuciones como las presupuestales, pero perdiendo totalmente su carácter de instituciones democráticas representativas, gracias al bipartidismo constitucional. En la medida en que el Frente Nacional es la dictadura de un partido único, el régimen parlamentario prácticamente deja de existir y es reemplazado por un régimen ministerial.

Al nivel de la participación política de las masas, el resultado del Frente Nacional es la abstención electoral.

A. *La abstención electoral*

Como ya hemos visto, la participación política de las masas se hacía a través de las “fidelidades”, motivadas por el odio, el sectarismo y el fanatismo partidista. Con el Frente Nacional, los partidos tradicionales se comprometen a abandonar dichos factores de movilización popular, además de que en el plebiscito se suprimen las causas que motivan a los gamonales —locales como nacionales—: el reparto del botín burocrático y las prebendas obtenidas en las hegemonías.

Esto ha implicado una abstención electoral, que se aprecia en los siguientes datos:

	<i>Votación</i>	<i>Población votante</i>	<i>Porcentaje sobre población cedula</i>
1957	Plebiscito	4 397 000	72.7%
1958	Corporaciones públicas	3 674 655	67.0%
1958	Presidente	3 108 567	59.9%
1960	Cor. Públicas	2 537 554	47.4%
1962	Cor. Públicas	3 085 077	56.2%
1962	Presidente	2 634 840	48.0%
1964	Cor. Públicas	2 261 190	36.0%
1966	Cor. Públicas	2 524 600	35.5%
1966	Presidente	2 534 576	35.2% ¹

Como se desprende de los datos anteriores, la votación descendió del 72.7% al 35.2%. Mejor dicho la abstención pasó del 27.3% al 64.8%.

La tasa de descenso es permanente con una excepción en las

elecciones para corporaciones públicas en 1962. Si la votación subió este año, el hecho se debe a la aparición del Movimiento Revolucionario Liberal, disidencia dentro del Partido Liberal, que se caracterizó por la defensa de la revolución cubana, la existencia de una reforma agraria profunda, además de viejas consignas liberales, como la separación de la Iglesia y el Estado, matrimonio civil y divorcio que movilizaron a las capas medias urbanas.

En una encuesta realizada por el Departamento de Ciencias Políticas y Administración Pública de la División de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, en la ciudad de Cali, después de las elecciones del 17 de marzo de 1968, se encuentran algunos datos que pueden ayudar a comprender el carácter de la abstención.

De dicha encuesta reproducimos el cuadro número 4

GRUPO DE ABSTENCIONISTAS ²

<i>Clase</i>	<i>Encontraron dificultades</i>	<i>Apáticos</i>	<i>Insatisfechos</i>
Alta	22%	40%	38%
Media	4%	41%	55%
Obrera	8%	57%	35%
Baja alta	10%	53%	37%
Baja baja	5%	31%	64%
Promedio ponderado	8%	48%	44%

Si tomamos el promedio ponderado vemos que la abstención se debe en primer lugar a la apatía, en segundo lugar a la insatisfacción. Este resultado nos permite comprobar la hipótesis de que la abstención es resultado de la desafección, producida por la falta de motivaciones partidista y sectaria a que se comprometieron los partidos en el Frente Nacional.

Si rehacemos el cuadro haciendo una clasificación de las respuestas por clases sociales más dicentes que la clasificación utilizada por los investigadores de la Universidad del Valle, tenemos los siguientes datos:

<i>Clase</i>	<i>Encontraron dificultades</i>	<i>Apáticos</i>	<i>Insatisfechos</i>
Alta	22%	40%	38%
Media	4%	41%	55%
Baja	7%	44%	49% ³

El porcentaje de apáticos aumenta al bajar en las clases sociales;

el de los insatisfechos es más alto en la clase media, luego en la baja y mucho menor en la clase alta.

Esta organización de las respuestas comprueba una vez más nuestra hipótesis, mostrando un cierto grado de conciencia política más alto en la clase media (55% de insatisfechos) que en la clase baja, en la cual predominan los apáticos si se compara con la clase media, aunque el porcentaje de insatisfechos es más alto que el de los apáticos en la misma clase baja.

Podemos identificar, a *grosso modo*, a los insatisfechos con aquellos que tienen una cierta conciencia política y la expresan en la abstención.

Y a los apáticos con aquellos que no tienen motivaciones para votar, pero que la abstención, en ellos, no significa conciencia política.

A continuación reproducimos algunas de las respuestas que fueron clasificadas como insatisfechas, lo que nos permitió identificarlos con un cierto grado de conciencia política, expresada en forma positiva en la abstención. Un estudiante dijo: “Porque los que se llaman dirigentes son personas que no les importa este país, sólo les interesa beneficiarse económicamente, lograr una posición.”

Un obrero comentó: “No voté porque esto es más que todo negocio de los dirigentes políticos. La votación es una trampa que le hacen al público para llevar al poder a gentes egoístas.”

Un agente viajero respondió: “En cuestiones políticas este país está podrido.”

Un obrero de 35 años... “No estoy de acuerdo con el actual presidente. La situación económica fue base de mi abstención. Este gobierno empeora económicamente la situación del obrero.”

Según los autores de la encuesta que comentamos, la respuesta promedio de los que ellos llamaron insatisfechos es la de un zapatero. “No voté porque ningún gobierno cumple lo que promete.”

En otro cuadro de la misma encuesta, el número 7 se distribuye porcentualmente la abstención por motivos, en la siguiente forma:

Indiferencia política	36%
Falta de confianza en los políticos	23%
Rechazo de nombres, dificultad de seleccionar	8%
Falta de confianza en los programas del gobierno	5%
Falta de opciones políticas	5%
Deficiente organización electoral	4%
Impedimentos personales	18%
Desempleo y edad	1%

Los cinco primeros *items*, indican a nuestro modo de ver que la abstención es consciente, lo que da un porcentaje del 77%.

Al preguntarles si deseaban nuevos partidos y cuáles, las principales respuestas fueron las siguientes, tomadas del cuadro número 8 de la encuesta citada:

Demócrata cristiano	23.22%
Socialista	20.90%
Comunista	16.94%
Social demócrata	13.55%
Social demócrata cristiano	3.95%
Demócrata	2.82%
Nacionalista	2.25%

El resto alcanzan 16.38% y son 24 partidos, tales como “reformador”, “honesto”, “un partido mejor”, “que apoye al campesino y reformas”, “partido de pobres”, “uno del pueblo”, etcétera.

En términos generales todos desean un partido que pudiéramos denominar popular y de izquierda. Es muy significativo que entre los que desean un partido socialista y uno comunista sumen el 37.84%.

De la conclusión sobre la abstención que hacen los autores de la encuesta, extractamos lo siguiente: “En otras palabras, su abstención fue voluntaria. La gran mayoría no encontró dificultades sustanciales en el procedimiento de votación. *Quizá lo más importante es notar que el apoyo fuerte todavía existe para los principios importantes del sistema político, a saber, acuerdo entre los partidos, elecciones y congreso.*” (Subrayado por nosotros, JU.)

Los datos reproducidos de la encuesta realizada por la Universidad del Valle, nos permite plantear la siguiente hipótesis explicativa de la abstención.

Con el bipartidismo, la alternación y la paridad aprobadas por el plebiscito de 1957 que creó el Frente Nacional, la norma política tradicional de los colombianos —ser liberal o conservador, por familia, votar por tal partido, seguir las órdenes de los gamonales, etcétera— comenzó a debilitarse ya que el factor primordial de la motivación política, el odio, el fanatismo, los gajes burocráticos, fue abandonado.

La liquidación de la norma prescriptiva, que se aprecia en el aumento de la abstención, es un proceso irreversible.

En el proceso de movilización social, como dice Gino Germani, las masas pasan de una norma prescriptiva tradicional a una norma selectiva.

Esta norma selectiva todavía no se ha manifestado, aunque el

porcentaje de los insatisfechos, los partidos deseados, están mostrándonos la aparición de esa norma selectiva en la cual predomina la selección de programas, de planteamientos que expresen la situación real y las soluciones eficaces y radicales a los problemas que viven las masas populares. La ruptura de la norma prescriptiva se aprecia en la abstención. Como muy bien anotan los investigadores de la Universidad del Valle, los principios importantes del sistema político aún perduran.

Pero, ¿hasta cuándo? El proceso de desafección, de no participación de las masas es irreversible; es decir, ya no se pueden ganar, recuperar, en base a criterios de participación y de motivaciones ya abandonados.

La abstención puede ser considerada como un hecho positivo, pues implica la ruptura de un comportamiento tradicional que significa ayudar a mantener el régimen democrático representativo, en que se basaba la oligarquía para mantener la dominación sobre las masas populares, las cuales, con fidelidades y odios sectarios, coadyuvaban a que las explotaran. Esta norma ha sido rota con la abstención.

Veamos en último término qué ha hecho, o tratado de hacer la oligarquía para frenar la abstención y recuperar a las masas populares.

Dejaremos de lado los proyectos de decreto en que se trata de frenar la abstención con exenciones tributarias, pues sabemos muy bien que sólo necesitan exenciones los adictos irrestrictos del sistema. No descartamos la posibilidad, muy correcta y factible, de hacer el voto obligatorio. Creemos que sea ésta la solución que imponga la oligarquía a corto plazo.

B. Salidas buscadas por la oligarquía

El primer intento que realiza la oligarquía para retener las masas e impedir que la abstención ponga en peligro el principio mismo del sistema político —llevando a una liquidación total del mismo—, es la creación de las *disidencias*, tanto liberales como conservadoras.

En el partido liberal la disidencia aparece pronto encabezada por uno de los elementos más conscientes y capaces de la oligarquía, Alfonso López Michelsen, hijo del presidente López Pumarejo. Esta disidencia es planteada conscientemente por el Partido Liberal, quien o se huele la principal consecuencia del Frente Nacional, o quiere salvarse en salud ante las masas populares. Sin embargo,

muy pronto se le conoce la verdadera cara al MRL (Movimiento Revolucionario Liberal), y la votación lograda para sus listas disminuye paulatinamente, hasta llegar a convertirse en el MRL del pueblo, nombre que utilizan los comunistas para presentarse a las elecciones del 68.

El Partido Liberal, una vez desacreditado el MRL, crea el movimiento de la Ceja que se identifica totalmente con el gobierno de Lleras Restrepo, y tiene como objetivo; “unir al partido, darle un contenido de izquierda. La prórroga del Frente Nacional más allá del tiempo necesario (puede conducir) a un grave deterioro del régimen que ya empieza a advertirse con alarma”.

La Ceja trata más bien de conseguir nueva militancia, de integrar a los profesionales, a los intelectuales, y de cambiar los factores de motivaciones dando un programa concreto de desarrollo que podemos ubicar plenamente en la ideología desarrollista.

A nivel popular la tesis de la Ceja no ha tenido repercusión como puede apreciarse en las elecciones pasadas, a pesar que los jefes del MRL aceptaron plenamente los planteamientos de la Ceja y entraron a colaborar en el gobierno de Lleras Restrepo.

Las disidencias dentro del Partido Conservador, son más numerosas, aunque menos significativas.

Álvaro Gómez, hijo de Laureano Gómez (en Colombia hasta los gamonales políticos se transmiten por herencia familiar), crea lo que se ha denominado el Lauro-Alzatismo, que ha sido más bien como una jugada para participar en las cuotas de poder, aunque desde luego, y al igual que López, utiliza los nombres de los padres para retener las masas populares.

La otra disidencia importante dentro del Partido Conservador, es la ANAPO (Alianza Nacional Popular) encabezada por Rojas Pinilla (el antiguo dictador militar), pero no puede ser interpretada como disidencia oligárquica para retener las masas. Es mucho más un movimiento autónomo que aprovecha el paternalismo de Estado que pudo realizar Rojas en su gobierno, basándose en consignas antioligárquicas de amplia repercusión popular. En las últimas elecciones disminuye notoriamente al aliarse con el Lauro-Alzatismo.

Otra disidencia conservadora que, al igual que la ANAPO, no se presenta como tal, es la Democracia Cristiana (Partido Social Demócrata Cristiano) que, financiado por las democracias cristianas europeas —especialmente la alemana— trata de ganar la juventud conservadora. Estos intentos demócratas cristianos no han tenido ninguna repercusión a nivel popular.

El grupo de los Independientes, encabezado por Belisario Betancourt, trata de ganarse las masas obreras a través de sus relaciones con la UTC (Unión de Trabajadores de Colombia), agrupación sindical dirigida por los jesuitas y por el sindicalismo norteamericano. Este grupo, a nivel electoral, tampoco ha tenido repercusión en los medios populares.

Ninguno de los intentos de las disidencias ha tenido mayor repercusión, con excepción del MRL, ya desenmascarado y de la ANAPO, la cual no se puede considerar como disidencia oligárquica.

Al ver que las disidencias —MRL, Lauro-Alzatismo, Democracia Cristiana— no han tenido acogida popular, ni tampoco han logrado recuperar las masas en los planteamientos modernos, de tipo desarrollista, expuesto por la Ceja y por los Independientes, la oligarquía ha resuelto volver a cambiar la constitución.

La última bravata de Lleras Restrepo fue provocada porque el parlamento no quería aprobar la Reforma Constitucional, a finales del año pasado.

Esta reforma, principalmente plantea el “desmonte” paulatino del Frente Nacional.

Desde luego el objetivo de la reforma, nos parece, es constitucionalizar el régimen ministerial y terminar su consolidación, ya que aun las funciones presupuestales se le quitan a las corporaciones y pasan al Departamento de Planeación y al Ministerio de Hacienda, limitándose las asambleas, el senado y la cámara a ratificar dicha distribución.

La constitucionalización del régimen ministerial necesita una transformación de la burocracia pública en una tecnocracia, objetivo realmente alcanzado en la Reforma Administrativa de Lleras Restrepo, con medidas tales como: la creación de los viceministros para asegurar, por un lado, la continuidad de los planes y por otro, permitir la participación de los partidos tradicionales en dichos planes, permitiéndoles una cierta fiscalía.

En la Reforma Constitucional se determina el número de representantes y senadores —liberales y conservadores— de tal forma que otros partidos puedan entrar en el juego democrático, siempre y cuando sean minoritarios.

En realidad la Reforma Constitucional de Lleras Restrepo no trata de recuperar las masas populares, sino de asegurar la continuación en el poder del Frente Nacional, es decir, del partido único de la oligarquía.

La Reforma Constitucional se ha concebido de tal manera, que

la participación de las masas en el sistema político, a través de las elecciones, ya no es necesario pues se constitucionaliza el paso al régimen ministerial dejando de lado el régimen parlamentario, típico de la democracia representativa. La Reforma Constitucional está hecha de tal manera, que los nuevos partidos políticos que surjan, a los ya existentes, pero ilegales, como el Comunista o la Democracia Cristiana, no tendrán ninguna posibilidad ni de utilizar las corporaciones públicas para insidir en las decisiones políticas del Estado, ni de elegir un candidato propio.

Estarán obligados, por esta reforma, a hacerle el juego a la oligarquía, a ayudarle a tener una fachada democrática al sistema, y a obligarse, o cuando más, a convertirse en partidos de oposición, sin ninguna posibilidad de ser partidos revolucionarios.

Desde luego aunque exista un régimen ministerial, a través del cual se asegure el control de la oligarquía, ésta necesita la participación de las masas, aunque sea totalmente ficticia en las elecciones, y aun no teniendo ninguna repercusión real.

BIBLIOGRAFÍA

(Fuera de las obras citadas en el texto)

Treinta años de lucha del partido comunista de Colombia.

Cartas de Sitges.

Tratado de Benidorm.

SANTA, Eduardo. *Sociología política de Colombia.*

Reforma Constitucional.

MONTAÑA CUELLAS, Diego. *Colombia: país formal y país real.*

OSPINA VÁSQUEZ, Luis. *Industria y protección en Colombia.*

MESA, Darío. "Treinta Años de Nuestra Historia". En *Mito*.

POSADA, Francisco. "La Tentativa de Revolución Burguesa en Colombia y sus Resultados". *Ideas y Valores*.

GUZMÁN, C. C.; FALS, B. O. y UMAÑA, L. E. *La violencia en Colombia.*

NOTAS

¹ Datos tomados de un estudio sobre la Ceja de Jorge Ucrós. Sacados de Organización y Estadística Electorales. Registraduría del Estado Civil. República de Colombia, Bogotá.

² Universidad del Valle, División de Ciencias Sociales y Económicas. Departamento de Ciencias Políticas y Sociales. "Las Elecciones del 17 de marzo de 1968 en la ciudad de Cali."

³ Datos tomados del estudio sobre la Ceja. Sacados de la revista *Acción Liberal* y del periódico *Encuentro Liberal*.